

Barba Azul

Charles Perrault



BARBA AZUL

Charles Perrault

Había una vez un hombre que tenía hermosas casas en la ciudad y en el campo, vajilla de oro y plata, muebles forrados en finísimo brocado y carrozas todas doradas. Pero desgraciadamente, este hombre tenía la barba azul; esto



le daba un aspecto tan feo y terrible que todas las mujeres y las jóvenes le temían.

Una vecina suya, dama distinguida, tenía dos hijas hermosísimas. Él le pidió la mano de una de ellas, dejando a su elección cuál querría darle. Ninguna de las dos quería y se lo pasaban una a la otra, pues no podían resignarse a tener un

marido con la barba azul. Pero lo que más les disgustaba era que ya se había casado varias veces y nadie sabía qué había pasado con esas mujeres.



Barba Azul, para conocerlas, las invitó con su madre y tres o cuatro de sus mejores amigas, y algunos jóvenes de la comarca, a una de sus casas de campo, donde permanecieron ocho días completos.

El tiempo se les iba en paseos, cacerías, pesca, bailes, festines, meriendas y cenas; nadie dormía y se pasaban la noche entre bromas y diversiones. En fin, todo marchó bien y la menor de las jóvenes empezó a encontrar que el dueño de la casa ya no tenía la barba tan azul y que era un hombre muy correcto.

Tan pronto hubieron llegado a la ciudad, quedó arreglada la boda.



Al cabo de un mes, Barba Azul le dijo a su mujer que tenía que viajar a provincia por seis semanas debido a un negocio importante; le pidió que se divirtiera en su ausencia, que invitará sus buenas amigas, que las llevara al campo si lo deseaban, que se diera gusto.



—He aquí, —le dijo—, las llaves de los dos guardamuebles, estas son las de la vajilla de oro y plata que no se ocupa todos los días, aquí están las de los estuches donde guardo mis pedrerías, y esta es la llave maestra de todos los aposentos.

En cuanto a esta llavecita, es la del gabinete al fondo de la galería de mi departamento. Puedes abrir todo, puedes ir a todos lados, pero te prohíbo entrar a este pequeño gabinete, y te lo



prohíbo de tal manera que si llegas a abrirlo, todo lo puedes esperar de mi cólera.

Ella prometió cumplir exactamente con lo que se le acababa de decir; y él, luego de abrazarla, subió a su carruaje y emprendió su viaje.



Las vecinas y las buenas amigas no se hicieron del rogar para ir donde la recién casada, tan impacientes estaban por ver todas las riquezas de su casa, no habiéndose atrevido a venir mientras el marido estaba presente a causa de su barba azul que les daba miedo.

De inmediato se pusieron a recorrer las habitaciones, los gabinetes, los armarios de trajes, a cual de todos los vestidos más hermosos y más



ricos. Después subieron a los guardamuebles, donde no se cansaban de admirar la cantidad y magnificencia de las tapicerías, de las camas, de los sofás, de los bargueños, de los veladores, de las mesas y de los espejos donde uno se miraba de la cabeza a los pies, y cuyos marcos, unos de cristal, los otros de plata o de plata recamada en oro, eran los más hermosos y magníficos que jamás se hayan visto. No cesaban de alabar y envidiar la felicidad de su amiga quien, sin embargo, no se divertía nada al ver tantas riquezas, debido a la impaciencia que sentía por ir a abrir el gabinete del departamento de su marido.



Tan apremiante fue su curiosidad que, sin considerar que dejarlas solas era una falta de cortesía, bajó por una angosta escalera secreta y tan precipitadamente, que estuvo a punto de romperse los huesos dos o tres veces. Al llegar á la puerta del gabinete, se

detuvo durante un

rato, pensando

en la prohibición

que le había

hecho su marido,

y temiendo

que esta

desobediencia pudiera

acarrearle alguna desgracia. Pero la tentación era

tan grande que no pudo superarla: tomó, pues, la

llavecita y temblando abrió la puerta del gabinete.



Al principio no vio nada porque las ventanas estaban cerradas; al cabo de un momento, empezó a ver que el piso se hallaba todo cubierto de sangre coagulada, y que en esta sangre se reflejaban los cuerpos de varias mujeres muertas y atadas a las murallas (eran todas las mujeres que habían sido las esposas de Barba Azul y que él había degollado una tras otra).



Creyó que se iba a morir de miedo, y la llave del gabinete que había sacado de la cerradura se le cayó de la mano. Después de reponerse un poco, recogió la llave, volvió a salir y cerró la puerta; subió a su habitación para recuperar un poco la calma; pero no lo lograba, tan conmovida estaba.



Habiendo observado que la llave del gabinete estaba manchada de sangre, la limpió dos o tres veces, pero la sangre no quitaba; por mucho que la lavara y aún la restregará con arenilla, la sangre siempre estaba allí, porque la llave era mágica, y no había forma de limpiarla del todo: si se le sacaba la mancha de un lado, aparecía en el otro.



Barba Azul regresó de su viaje esa misma tarde diciendo que en el camino había recibido cartas informándole que el asunto motivo del viaje acababa de finiquitarse a su favor. Su esposa hizo todo lo que pudo para demostrarle que estaba encantada con su pronto regreso.

Al día siguiente, él le pidió que le devolviera las llaves y ella se las dio, pero con una mano tan



temblorosa que él adivinó sin esfuerzo todo lo que había pasado.

—¿Y por qué —le dijo— la llave del gabinete no está con las demás?

—Tengo que haberla dejado arriba sobre mi mesa.

—No dejéis de dármela muy pronto. —Dijo Barba Azul.

Después de aplazar la entrega varias veces, no hubo más remedio que traer la llave.

Habiéndola examinado, Barba Azul dijo a su mujer:

—¿Por qué hay sangre en esta llave?



—No lo sé —respondió la pobre mujer, pálida como una muerta.



—No lo sabes, repuso Barba Azul, pero yo sí lo sé. ¡Trataste de entrar al gabinete! Pues bien, señora, ahora entrarás y ocuparás tu lugar junto a las damas que allí has visto.

Ella se echó a los pies de su marido, llorando y pidiéndole



perdón, con todas las demostraciones de un verdadero arrepentimiento por no haber sido obediente.

Habría enternecido a una roca, hermosa y afligida como estaba; pero Barba Azul tenía el corazón más duro que una roca.

—Hay que morir, señora, le dijo, y de inmediato.



—Puesto que voy a morir —respondió ella mirándolo con los ojos bañados de lágrimas—, dame un poco de tiempo para rezarle a Dios.

—Os doy medio cuarto de hora, replicó Barba Azul, y ni un momento más.

Cuando estuvo sola llamó a su hermana y le dijo:

—Ana, hermana mía, te lo ruego, sube a lo alto de la torre, para ver si vienen mis hermanos, prometieron venir hoy a verme, y si los ves, hazles señas para que se den prisa.

La hermana Ana subió a lo alto de la torre, y la pobre afligida le gritaba de tanto en tanto:

—Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?

Y la hermana respondía:

—No veo más que el sol que resplandece y la yerba que reverdece.



Mientras tanto, Barba Azul, con un enorme cuchillo en la mano, le gritaba con todas sus fuerzas:

– Baja pronto o subiré.

– Espera un momento más, por favor –respondía su mujer; y a continuación exclamaba en voz baja –



Ana, hermana mía, ¿no ves

venir a nadie? Y la hermana Ana respondía:

– No veo más que el sol que resplandece y la yerba que reverdece.

– Baja ya, gritaba Barba Azul, o yo subiré.

– Voy en seguida, – y luego suplicaba:

– Ana, hermana mía, ¿no ves venir a nadie?

– Veo una gran polvareda que viene de este lado.

– ¿Son mis hermanos?



– ¡Ay, hermana, no! es un rebaño de ovejas.
– ¿No piensas bajar? – gritaba Barba Azul.
– En un momento más – respondía su mujer; y
en seguida clamaba:

– Ana, hermana mía,
¿no ves venir a nadie?

– Veo a dos jinetes que
vienen hacia acá, pero
están muy lejos
todavía... ¡Alabado sea
Dios!,

– exclamó un instante
después – son mis
hermanos; les estoy
haciendo señas, tanto
como puedo, para que
se den prisa.



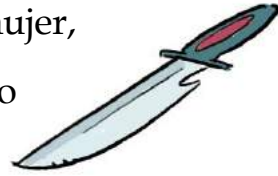
Barba Azul se puso a gritar tan fuerte que toda la casa temblaba. La pobre mujer bajó y se arrojó a sus pies, deshecha en lágrimas y enloquecida.

– Es inútil, dijo Barba Azul, debes morir.

Luego, agarrándola del pelo con una mano, y levantando la otra con el cuchillo se dispuso a cortarle la cabeza. La infeliz mujer,

volviéndose hacia él y mirándolo

con ojos desfallecidos, le rogó



que le concediera un momento para recogerse.

– No, no, encomiéndate a Dios; – y alzando su brazo...

En ese mismo instante golpearon tan fuerte a la puerta que Barba Azul se detuvo bruscamente; al abrirse la puerta entraron dos jinetes que, espada en mano, corrieron derecho hacia Barba Azul.





Este reconoció a los hermanos de su mujer, uno dragón y el otro mosquetero, de modo que huyó para guarecerse; pero los dos hermanos lo persiguieron tan de cerca, que lo atraparon antes que pudiera alcanzar a salir. Le atravesaron el cuerpo con sus espadas y lo dejaron muerto. La pobre mujer estaba casi tan muerta como su marido, y no tenía fuerzas para levantarse y abrazar a sus hermanos.



Ocurrió que Barba Azul no tenía herederos, de modo que su esposa pasó a ser dueña de todos sus bienes. Empleó una parte en casar a su hermana Ana con un gentil joven que la amaba desde hacía mucho tiempo; otra parte en comprar cargos de capitán a sus dos hermanos; y el resto a casarse ella misma con un hombre muy correcto que la hizo olvidar los malos ratos pasados con Barba Azul.

FIN



MORALEJA

*La curiosidad, teniendo sus encantos,
a menudo se paga con penas y con llantos;
a diario mil ejemplos se ven aparecer.
Es, con perdón del sexo, placer harto menguado;
no bien se experimenta cuando deja de ser;
y el precio que se paga es siempre exagerado.*

OTRA MORALEJA

*Por poco que tengamos buen sentido
y del mundo conozcamos el tinglado,
a las claras habremos advertido
que esta historia es de un tiempo muy pasado;
ya no existe un esposo tan terrible,
ni capaz de pedir un imposible,
aunque sea celoso, antojadizo.
Junto a su esposa se le ve sumiso
y cualquiera que sea de su barba el color,
cuesta saber, de entre ambos, cuál es amo y señor.*

Nota del Editor: Charles Perrault escribía al final de sus cuentos, según la costumbre del siglo XVII, una moraleja acorde a los valores de su época.

